



## VI

**E**STA fue la vida del Marqués de Mora a su vuelta de Francia, como era la de muchos petimetres de su tiempo, en quienes se nota ya esa extraña mezcla de extranjerismo y majeza que caracteriza aún a no pocos elegantes de nuestros días. En esta época, sin embargo, aparecen por primera y única vez en Mora ciertos amagos literarios, inspirados por un mal clérigo expulsado de la Compañía de Jesús, que llamaban el abate Casalbón, y fomentados y aplaudidos por los directores y agentes más conspicuos de la solapada propaganda volteriana que comenzaba entonces a hacerse en España.

En Abril de 1767 escribió Mora en compañía del abate Casalbón, y por carta de éste

consta un elogio de la llorada comedianta Mariquita Ladvenant, ya difunta. No es fácil colegir los empalmes que encontraría el ilustre Marqués entre la muerte de la comedianta y la expulsión de los jesuitas de España, acaecida por aquel mismo tiempo; mas es lo cierto que el elogio de Mariquita, escrito por el Abate y el Marqués, redúcese tan sólo a un tejido de enormidades y blasfemias contra la Compañía de Jesús. También escribió Mora en aquella época la primera parte de un poema, cuyo héroe era el abate Casalbón. Así lo dice Iriarte al Duque de Villahermosa en una carta, cuya obscenidad nos impide copiarla íntegra. «Al Marqués de Mora escribo componga durante la marcha que va a emprender su regimiento la segunda parte de aquel poema que le dedicó (a Casalbón) en otra marcha semejante» (1). El Aquiles héroe del poema, el Homero que lo canta y la ocasión en que lo hace (la de una enfermedad vergonzosa de aquel

(1) Como prueba de la obscena impiedad que reinaba entonces en la vida íntima de los personajes oficiales, copiamos la postdata con que termina esta carta de Iriarte: «El martes pienso enviar a Roma a ganar indulgencia, la carta de V. E., porque nuestro Rdo. Azara se complacerá en saber el estado de...» (Aquí una obscenidad que impide transcribir la decencia.)

desdichado clérigo) nos autorizan a pensar que esta parte del delicado ingenio de Mora pertenece a aquella literatura de la época, de que dice un crítico eminente: «No era la lujuria grosera de otros tiempos la de nuestro *Cancionero de burlas*, por ejemplo, sino lujuria reflexiva, senil, refinada y paseada por todas las alquitaras del infierno. ¡Cuánto pudiera decirse de esta literatura secreta del siglo XVIII y de sus postreras heces en el XIX, si el pudor y el buen nombre de nuestras letras no lo impidiesen!» (1).

Era por aquel entonces centro de la moda en Madrid la casa del famoso D. Pablo Olavide, fino volteriano, aunque de buen fondo, que andando el tiempo vino a parar en la Inquisición, para asombrar luego a todos con su arrepentimiento. Había Olavide montado su casa con grande lujo y aparato, y puesto en ella un teatrillo, donde la flor y nata de la corte representaba tragedias de Voltaire, traducidas por el mismo Olavide, y óperas cómicas como *Nineta en la corte* y *El pintor enamorado de su modelo*.

Reuníanse con esta tapadera en casa de Ola-

(1) Menéndez y Pelayo, *Historia de los Heterodoxos*, tomo III, pág. 257.

vide los volterianos todos que a la razón se encontraban en la corte, urdían allí sus manejos, y entre todos ellos brillaba en primera línea el Marqués de Mora, por su natural y petulante despejo, su alta posición y el enconado odio contra la moral y la Iglesia católica que había traído de Francia. El abate Casalbón, excelente humanista y escritor no despreciable merodeaba siempre en torno de aquellos señores, mendigando un pedazo de pan, que le daban, y un poco de consideración, que no le concedían, a trueque de los servicios de su pluma, vendida a todos por el hambre y envenenada siempre por el despecho.

En sus cartas al Duque de Villahermosa nos ha dejado el famélico Abate las huellas de algunos trabajos de propaganda sectaria, llevados a cabo por la camarilla volteriana de casa de Olavide. «El Marqués de Mora y Olavide, escribe Casalbón a Villahermosa, estaban la otra noche muy acalorados en que yo tradujese a Grandisson, imaginándose que conduciría mucho para avivar en España el gusto de la lectura y dar mejor idea de las buenas costumbres. Dígame V. E., que lo habrá leído, si juzga lo mismo, y si en el caso querría costear la impresión, que en tal caso me dedicaría en-

teramente a este trabajo para salir de mis trampas. Esta noche nos juntamos los mismos para hacer el plan de la tragedia *Guzmán* y rectificar el que yo tenía. V. E. sabe el calor con que entran en estos asuntos el Sr. Marqués y Olavide.....

»..... Estoy leyendo a Grandisson, determinado a traducirlo y hacer que la escena sea en Madrid, lo que hará trastornar la obra, y representarla casi nueva y ciertamente no mejorada. Así juzgan que se debe hacer el Marqués de Mora, Olavide y Campomanes, a cuya casa del segundo suelo concurrir muchas noches.....

»..... Ayer me dió el Sr. D. Jorge (hermano segundo de Villahermosa) una carta del Marqués de Mora, en que me encarga mucho que a la Paulina de Grandisson la roben en Jueves Santo, con todas las razones que bastan á acreditar su celo y el horror por las mojigangas.»

Alúdese en estas cartas a la novela de Richardson, *El caballero de Grandisson*, en que el autor pretende contraponer en el héroe Carlos Grandisson un tipo de todas las virtudes, al tipo de todos los vicios elegantes que había pintado antes en su famoso *Lovelace*. Mas en

este falso tipo de virtud pone Richardson en acción la moral independiente de toda idea religiosa, que enseñó Holbac por aquel tiempo en su impío libro del *Sistema social o principios de la moral y la política*, y así se comprende fácilmente el empeño de Mora, Olavide y su pandilla en propagar semejante obra, que tanto podía ayudar a sus perversos intentos.

No eran, sin embargo, estos los entretenimientos únicos de Mora en la Corte. Brillaba entonces en ella por su rango, su ingenio y su hermosura una ilustre viudita que traía trastornadas las cabezas a todos los petimetres de Madrid, y logró también marear la de Mora, a lo menos en parte y por algún tiempo. Era esta señora la Duquesa viuda de Huéscar, doña Mariana de Silva, de quien dice un contemporáneo: «Nació en la parroquia de San Sebastián de Madrid, en 14 de Octubre de 1740, y fué hija de los Sres. D. Pedro de Silva, Marqués de Santa Cruz, y D.<sup>a</sup> María Cayetana Sarmiento y Sotomayor, Marquesa de Arcicollar y Condesa de Pie de Concha. Fue sumamente inclinada a todo género de estudio y literatura; escribía perfectamente con ambas manos; componía versos excelentes, e hizo varias traducciones de tragedias y otras obras

del francés; pero en lo que llegó a tener más que un mediano conocimiento fue en el dibujo y pintura, con el que trabajó algunas pinturas muy buenas. Habiendo presentado una de ellas a la Real Academia de San Fernando de esta corte, la nombró su académica honoraria en 20 de Julio de 1766, y después Directora, también honoraria, con voz y voto, asiento y lugar preeminente. El año 1770 envió la Academia Imperial de las Artes de San Petersburgo a la de San Fernando, en prueba de su amistad, un diploma en blanco de asociado libre honorario para el individuo que eligiese, y la Academia luego llenó el hueco con el nombre de esta su ilustre académica. A estas prendas adquiridas juntaba las naturales de hermosura, agrado y dulce conversación.»

Representaban Mora y la de Huéscar en el teatro de Olavide: era ella primera dama; era él primer galán, y tantas veces se dijeron en la escena que se amaban, que acabaron por creérselo primero, y por realizarlo después, ella de veras y honradamente y decidida a sacrificarle su viudez; él por pasatiempo tan sólo, y porque halagaba su fatuidad ver a la ilustre académica tan prendada de su persona.

Alborotáronse los Fuentes en París con estas nuevas, porque no era la boda con la viudita la que deseaban ellos para su primogénito. Tenía la académica cuatro años más que Mora; habíale quedado de su matrimonio con Huéscar una hija, que fue luego la célebre Duquesa de Alba, D.<sup>a</sup> María Teresa Cayetana, que tanto ruido hizo en la corte de Carlos IV; y no poseía la bella erudita otras rentas que las de su hermosura y sus talentos, pues las pingües de que disfrutaba pertenecían por completo a su hija.

Alarmados, pues, los Fuentes con aquellos rumores de boda con la viudita, dieron un mal paso, que tuvo funestas consecuencias para el viudito. Empeñáronse en llevarle de nuevo a París para separarle de la de Huéscar: vino en ello Mora gustosísimo, porque era París su deseado paraíso, y sus galanteos con la viuda eran tan sólo musgo sin raíces, y pidióse la necesaria licencia al Ministro de la Guerra. Mas éralo a la sazón el inexorable viejo don Gregorio Muniain, a quien por la magnitud de la suya llamaban *Peluca*, y negóse rotundamente a dar a Mora nuevas licencias. Ofendióse éste, soltó la lengua como tenía por costumbre, cosa harto peligrosa en aquellos tiem-

pos, y fue precisa la intervención de su suegro el Conde de Aranda, Presidente entonces del Consejo, para que no tuviese el negocio consecuencias muy serias. Mudóse repentinamente, por influencia de Aranda, el regimiento de Galicia a Barcelona, y allí recibió orden de seguirle su imprudente coronel, como medio de evitarle otro destierro menos disimulado y mucho más lejos.

Así lo escribe el honrado D. Antonio Azlor, en una esquelita reservada a su sobrino Villahermosa. «Ya sabrás, le dice, que el Marqués de Mora se halla en su regimiento. Suponen que su suegro tomó el pretexto de enviarle a él con la ocasión de mudar de destino, para procurar evitarle suerte igual a la de Idiáquez, porque dicen si hablaba con menos circunspección de la que debía.» La suerte de D. Antonio Idiáquez había sido, sencillamente, la de ir desterrado al Peñón, por haber dicho que el Conde de Aranda era un fatuo, Compomanes un tonto y Olavide un loco. Disimuló Mora su berrinche, aparentando ir de grado adonde por fuerza le llevaban, y así pudo escribir a Villahermosa, desde Zaragoza, su amigo D. Joaquín Cayetano: «Espero ver a Mora aquí, porque me escribió que pretendía

llevar su regimiento a Cataluña, y que pensaba ir a dar una vuelta por él. Mucho sentirá dejar a su Duquesa (la de Huéscar). Me ha dicho Pomar que está muy flaco, y le ha salido un lobanillo en un ojo; lo flaco lo habrá heredado de su antecesor (el Duque de Huéscar), el lobanillo no sé de quién.»

Mas picado Mora en su amor propio, no cejó por este percance en su empeño de volver a París, y removi6 sin cesar cielos y tierra á fin de conseguirlo. Un suceso tristísimo vino al cabo a proporcionarle aquella solicitada licencia que tan funesta había de serle. El día 5 de Julio de 1767 murió en Madrid, de viruelas, en casa de su abuela materna, la Condesa de Aranda, el hijo del Marqués de Mora, que no había cumplido aún los tres años. No sabemos si esta desgracia inesperada afectó mucho al Marqués de Mora, mas es cierto que se aprovechó de ella para alcanzar al fin su licencia, puesto que en 31 del mismo mes escribe Iriarte a Villahermosa: «A Mora se le ha concedido ya licencia para que pase a París, bien que estrechándole el tiempo.»

Esta limitación de tiempo exasperó de nuevo el exigente orgullo de Mora, y tuvo vacilaciones y rabietas, que se traducen de lleno en

las cartas siguientes, que escribió entonces a Villahermosa, y son las únicas inéditas que de él hemos encontrado.

«Barcelona y Agosto 15 de 1767. Querido amigo: No tengo más que un instante para responder á la tuya del 3 que recibo, celebrando tu salud, y prometiéndome el gusto de abrazarte presto, pues pienso salir a fin de este mes.

»Entretanto continúa en pasarlo muy bien, como me parece que lo haces, aunque mil tiempos ha que no me dices una palabra. No sé qué damas pueden ser esas que tanto desean mi llegada; no creí deber esa fineza a ninguna. Ni tú debes creer que puedas serme jamás un testigo importuno con ellas. Adiós, y manda a quien es todo tuyo.—M.»

Revélanse claramente en esta carta el egoísmo y la ligereza de Mora; la licencia conseguida le colma de júbilo, y sólo piensa en marchar cuanto antes en busca de los placeres que le esperan, sin que turbe las ilusiones de sus veinticuatro años el recuerdo de aquel pobre niño, su hijo único, muerto tan sólo un mes antes. Siete días después el cielo de Mora se encapota, el viaje a París parecele irse de las manos, y traslúcese su despecho a través

de la amanerada sensiblería, tan propia de la época con que pretende disfrazarlo.

«Barcelona y Agosto 22 de 1767. Querido amigo: Ha mil tiempos que no tengo carta tuya, y si acaso, dos letras; pero no te culpo, pues considerando mi viaje inmediato, lo reservas todo para la vista. Sabrás ya las razones que por ahora lo retardan, y que tal vez me privarán de este gusto, el único que iba a conseguir después de tantos tiempos de continuos disgustos. Todo se junta contra mí, y ya no faltaba más que quitarme ahora el consuelo de abrazar a mis padres, hermanos, amigos, en fin, a lo que más quiero en el mundo, que me serviría de tanta satisfacción y ayuda para desechar de mí la tristeza y melancolía que no me dejan tiempo ha. Te aseguro he tenido una temporada cruel, como puedes considerar, y en la que estoy bien cierto de la fineza y cariño con que me ha acompañado tu amistad. ¡Cuánto te he echado de menos, y de qué consuelo no me hubiera servido tu compañía en mis pesares! Con satisfacción hubiera derramado mi sentimiento en tu pecho amigo, que me hubiera dado el alivio que podía recibir en mi triste situación. En fin, no tiene remedio, y el alargarnos en discursos tan dolorosos sólo

sirve de avivar más el dolor. Nací desgraciado, y en todo sigo mi suerte. ¡Quiera el cielo, a lo menos, darme el consuelo de que tú y todos los míos sean siempre dichosos, pues de vuestra felicidad dependerá la mía! Amigo, soy joven; pero nadie, aunque más viejo, ha hecho más y más duras experiencias del mundo que yo; creo que lo conozco y lo desprecio. La salud de las personas que quiero y tu amistad, será ya toda mi felicidad y el único objeto de mis deseos. Si las circunstancias me obligan a quedarme el invierno aquí, puedes juzgar de mi situación. Si me son favorables, tendré, aunque no tan presto como lo esperaba, el gusto de abrazarte, que lo deseo en el alma. De todos modos, a todo estoy dispuesto. Tú procura divertirme y estar bueno, queriendo siempre a tu eterno,—M.»

No sabemos cuáles pudieran ser ni las razones que retardaban el viaje de Mora, ni las hondas penas de que tan amargamente se lamenta; pues sus amores con la Duquesa de Huéscar habíalos agostado él mismo a la sola perspectiva de un viaje a París, y la muerte de su hijo, verdadera fuente de todo dolor, no parece acordarse de ella. Don Antonio Azlor interpreta, en su hombría de bien, esta de-

mora escribiendo a Villahermosa con harta candidez, á nuestro juicio: «La detención del Marqués de Mora, suponen ser por ver vestido de nuevo a su regimiento.» Otro amigo de Villahermosa, que se hallaba con la Corte en San Ildefonso, le escribe el 7 de Agosto: «El Marqués de Mora no ha querido usar de la licencia por el modo con que la han concedido, por lo que Vm. no tendrá que buscar casa, y se mantendrá en su cuarto segundo hasta que vuelva por acá.» Es fácil también que al romper la muerte del hijo de Mora la unión entre las familias de Aranda y de Fuentes, se originasen disgustos entre el suegro y el yerno, a causa de la devolución de ciertos bienes, consignada para este caso en las capitulaciones matrimoniales. Es cierto, por lo menos, que el pleito transigido cuando el matrimonio de Mora con la Duquesa de Almazán, se prosiguió entonces con nuevo ardor entre los Condes de Aranda y de Fuentes, durando hasta el 1.º de Octubre de 1789; que se sentenció en favor de D. Juan Pignatelli y Gonzaga, entonces Conde de Fuentes. De todos modos, la melancolía del Marqués de Mora parece haberse disipado por completo el 5 de Septiembre, al poder fijar ya su viaje para el mes siguiente.

«Barcelona y Septiembre 5 de 1767. Mi querido amigo: Un siglo ha que me tienes abandonado, y que veo llegar los correos sin recibir carta tuya. Yo, a la verdad, tampoco te he escrito con toda la puntualidad acostumbrada, porque a las muchas cartas que tengo que escribir, se han juntado otros enredos que me han quitado mucho tiempo. Estas historias son muy largas de contar, y las reservo para nuestras conferencias en esa corte, que serán largas. Deseo mucho el gusto de abrazarte, y de vivir contigo una temporada para desechar murrias y disgustos. Yo pienso que mi viaje será en Octubre, y me lisonjea mucho la esperanza de ir a vivir con las personas que más quiero en el mundo. Te supongo ocupado en alguna intriga galante, en que serás feliz, pues me descuidas; que si no lo fueras, ya vendrías a consolarte en el seno de la amistad, y contarme tus lástimas; pero más quiero que no tengas que decirme sino que eres muy dichoso. De mi sistema galante tengo también que decirte, pero es largo para escrito, habiendo de vernos tan presto. Nada sé de novedades de la corte, pues no ignorarás que los jesuitas de la Habana y Cuba han llegado a Cádiz, donde se espera presto a Cruil-

les (1), que dicen viene hecho un segundo lord Clive (2).

»Puedes creer cuánto habré celebrado el ascenso de nuestro Jorge (3). Él no se descuida en divertirse en Madrid, y hace muy bien, pues, al fin, esto es lo que más importa en el mundo. Adiós, querido amigo, quiere siempre a quien es tu fino y eterno,—M.»

El 3 de Noviembre hállase ya Mora en el ansiado París, instalado en el segundo piso del Hotel Soyecourt, en compañía de D. Fernando Magallón y el Duque de Villahermosa; y al escribir a este último, ausente por unos días en Fontainebleau para una intriga galante, ya no se descubren amarguras de desengaños ni sombras de penas, sino que sólo aparece el Mora de siempre, el Mora al natural, ligero, petulante y obsceno.

«París y Noviembre 3 de 1767. Mi querido

(1) Don Joaquín Monserrat Cruilles Crespi de Valdaura y Alfonso, Marqués de Cruilles, que volvía a la sazón de dejar el virreinato de Méjico.

(2) Lord Roberto Clive, Barón de Plassey. Fué el fundador del poder británico en la India. En la fecha de esta carta, lord Clive volvió a Inglaterra del Indostán, dejando asegurados allí sus triunfos.

(3) Don Jorge Azlor Aragón, hermano segundo y único del Duque de Villahermosa.

amigo: Te respondo luego que Diego (1) me avisa que hay ocasión de hacerlo. Recibí tu carta cuando estaba poco para escribir, pues el mismo día que te fuiste, a cosa de una hora después que saliste de casa, empecé a desazonarme bastante con una especie de vahidos, que vinieron a parar en una calentura muy fuerte, que me duró toda la noche y hasta la mañana siguiente, que por fin quedé limpio, pero molido y reventado del mal rato. Temí que pudiera ser alguna terciana, pero al fin creo que más presto procedió del estómago, porque había comido bastantes guisantes, que, como sabes, son muy indigestos. Ahora estoy ya enteramente bueno, y aumenta este gusto el de verte en camino del colmo de tu felicidad, que veo muy cercana, si es que ya no la has conseguido a estas horas. He leído tu carta con mucho gusto por ver tu buena conducta, que apruebo enteramente. No dudo que lo habrás continuado viendo sus buenos efectos *et je reponds du succès*. No creo tener nada que prevenirte cuando te veo *agir en maître*. Sólo repito que siempre has de tener presente el

(1) Este Diego era el mayordomo viejo de casa de Fuentes, que acompañaba a Mora cuando su visita a Ferney.

no desmentirte en la menor cosa, pues se perdería al menor descuido. *Au reste*, te veo muy esperanzado de la próxima victoria, por la cristiana y prudente prevención que me haces de que, si sucede el caso, correrás el velo. *Ce comique m'a fait éclater...*» (Prosiguen tales obscenidades, que es imposible transcribirlas.)

No es fácil colegir si la dolencia a que se refiere Mora en esta carta fué realmente una prosaica indigestión de guisantes, o era ya el primer amago de la terrible enfermedad que, precipitada por los vicios, había de llevarle prematuramente al sepulcro.

Este fue, antes de caer en las redes de Mlle. de Lespinasse, el famoso Mora, á quien Voltaire quiere confiar la misión de formar en España un nuevo siglo, y llama D'Alembert alma pura, noble, fuerte y dulce, y tiene el abate Galiani por genio tan superior, que considera a España indigna de poseerle. Veamos ahora a este mismo Mora, después que se atravesó en su camino aquella mujer funesta.



## VII

**C**iertamente que al leer cuanto llevamos dicho del Marqués de Mora, podrá, con razón, preguntarse cualquiera: Y ¿cómo pudo entonces un personaje de mérito tan discutible arrancar elogios tan entusiastas á hombres como Voltaire, D'Alembert, Condorcet y el abate Galiani, perversos sin duda, pero tan poco propensos a deslumbrarse? ¿Cómo pudo avasallar el corazón de una mujer como mademoiselle de Lespinasse, dotada, según dicen, de méritos tan superiores?

La respuesta es bien sencilla, a nuestro juicio.... Eran entonces los filósofos lo que son hoy ciertos periodistas: muñidores de intrigas y de falsas reputaciones que crean en intere-